



ESTUDIO 1361

CÓMO SUPERAR EL DESÁNIMO

Parte II

La necesidad de ánimo

La verdadera fe necesita ánimo. Cuando Jesús sanaba a la gente, a menudo les decía que “tuvieran ánimo”. No sólo les ofrecía valor a los oprimidos sino que, además, se les ofrecía ayuda a poner su fe en el poder de Dios que tenían al alcance de la mano. Por tanto, en medio de la lucha humana, el ánimo debe caminar como compañero de nuestra fe.

Esa es la razón por la cual la iglesia necesitamos desesperadamente de gente que anime, no personas negativas que desaniman. En el libro de los Hechos se nos cuenta de uno de los discípulos, un levita llamado José, que los apóstoles también llamaban Bernabé. Este nombre significa “hijo de consolación”. El ministerio de este varón era animar a otros. Su llamado era inyectar ánimo en el corazón de los creyentes de la iglesia primitiva. Cuando Marcos dejó a los apóstoles, Bernabé quiso llevar al joven discípulo que, además, era su sobrino bajo su tutela y darle la oportunidad. Pablo no estuvo de acuerdo con la decisión de Bernabé, al punto que se creó una división entre ellos. Pero gracias a que Bernabé no abandonó a este jovencito, a Su tiempo Dios lo usó para escribir y proclamar el Evangelio. Con respecto a Pablo, cuando al final de su vida muchos lo abandonaron, llamó a Marcos por su nombre, reconociendo la utilidad de ese hombre del Señor maduro y comprometido con la causa (2 Timoteo 4:9-11)

En el final de la historia del regreso de los israelitas a la Tierra Santa, aprendemos que la visión finalmente fue cumplida solamente porque los profetas animaron a los ancianos de Israel en la obra de la reedificación (Esdras 5:1-2). El desánimo es lo contrario del ánimo. Estar animados es que nos impartan ánimo; estar desanimados es que nos quiten el ánimo. La fe sin ánimo siempre se tambaleará.

¿Cómo entra el desánimo?

¿Cómo entra el desánimo a nuestra alma? Nos desanimamos cuando empezamos a evaluar nuestras circunstancias negativas basadas en información que nos dan nuestros sentidos. El antídoto es formar nuestra opinión de una vida basada en las promesas y la bondad de Dios.

Eso no significa que nos volvamos y olvidemos de nuestros problemas o situaciones negativas que podamos enfrentar. Lo que sí significa es que, a pesar de las circunstancias, nos apoyamos y ponemos nuestra fe en Dios. Cuando Él les prometió a Abraham y a Sara un hijo a su avanzada edad, La Biblia dice que Abraham “...no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara.” Romanos 4:19. Abraham no negó la realidad. Sin debilitarse en la fe, “contempló” la imposibilidad de su situación desde una perspectiva humana. Pensó en ello profundamente. Pero también pensó en la grandeza, bondad y poder de Dios. Consideró sus limitaciones, pero también creyó que para el Señor no había nada imposible (Romanos 4:20). Abraham estaba plenamente convencido de que Dios lo podía hacer.

El desánimo viene cuando miramos únicamente nuestras circunstancias, sin mirar la fidelidad e integridad de lo que el Señor ha prometido. Nos fortalecemos en la fe cuando, a pesar de las circunstancias, le damos la gloria a Él.

¿Cómo viene el valor?

Jesús conocía la debilidad de los hombres y les enseñó a Sus discípulos una parábola para ilustrarles que debían orar en todo tiempo y no desmayar (*Lucas 18:1*). El objetivo de la enseñanza de Cristo era preparar a Sus seguidores contra el desánimo. Jesús no es sólo nuestro salvador, sino también el “autor y consumidor” de nuestra fe (*Hebreos 12:2*). La fe no es simplemente una comprensión correcta de los temas doctrinales; *la fe es la “certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1)*. No sólo debemos poseer una doctrina correcta acerca de la fe; el justo también vive por fe.

Para que la fe madure se necesitan situaciones en donde sólo ella puede sostenernos. Por esta razón Dios permitirá que pasemos por tiempos en que debemos confiar en Él, a pesar de lo que las cosas parecen ser. En esos tiempos, contra una realidad negativa, la verdadera fe se levanta, cobra ánimo y se pone a salvo creyendo en Sus promesas. Esta es la fe que toca el corazón del Señor. El enemigo viene para desanimarnos o quitarnos el ánimo de nuestro corazón. Eso nos hace caer en la incredulidad. Para ganar la batalla de la fe no tenemos que rendirnos ante el desánimo. Sí, vendrán tiempos en que necesitaremos pedirle a Dios mayor sabiduría y ciertamente tendremos que adaptar nuestras actitudes y volvernos más flexibles y sabios para cumplir el destino que ha sido establecido para nosotros. Pero no debemos darnos por vencidos: *“porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma” (Hebreos 10:37-38)*

La galería de la fe

Los versículos anteriores cuentan las historias heroicas de aquellos que agradaron a Dios con su fe. Todos ellos tuvieron que pasar la prueba del tiempo; con frecuencia las demoras deben haber parecido permanentes, y los obstáculos delante de ellos, insuperables. Pero todos ellos fueron guerreros. Ninguno de estos hombres y mujeres permitieron que el desánimo oscureciera el brillo de su fe.

La perseverancia de su corazón, el hecho de que hayan soportado las tormentas de la duda y las circunstancias, y no se hayan retirado de la promesas del Señor, llenó Su corazón de placer. Él alteró el curso de la historia del hombre y cambió naciones por el poder de su fe. (*Hebreos 11:33-34*)

Ellos conquistaron reinos y pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Si miramos a nuestro alrededor veremos que un ejército de maldad ha invadido nuestra cultura. El enemigo ha venido con sus armas: Perversión, inmoralidad, engaño y corrupción. Ha roto la conciencia de nuestra sociedad, y busca llevarse a nuestros hijos e hijas en cautividad. Debemos pelear.

Algunas veces podemos sentir la pesadez de la lucha. Pero tenemos la ayuda de Dios con nosotros: *“He aquí mi siervo, yo lo sostendré: mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; el traerá justicia a las naciones... No se cansará ni desmayará” (Isaías 42:1-4)*

Cristo “no se cansará ni desmayará”. El Espíritu de Dios lo sostiene, y está en nosotros también. ¿Somos Sus siervos? Entonces busquémoslo y nos dará nuevas fuerzas. Podemos estar heridos y golpeados, pero si permanecemos en Cristo tampoco nos cansaremos, ni desmayaremos. No podemos retroceder en incredulidad. Fortalezcámonos y tomemos ánimo. Busquemos a Dios y hallemos nuevas fuerzas en oración. Y nunca cedamos ante la voz del desánimo.